

hasta la cima de las crestas. Durante toda la mañana el horizonte está oscurecido, y la humedad que se deposita en el suelo es bastante abundante para bañar las hojas y las raíces de las plantas, y aun para empapar los vestidos de los viajeros como una lluvia abundante; toda la mañana, hasta la proximidad de medio día, la temperatura del Yemen parece la de un caliente invernáculo; pero en cuanto el sol desciende hacia el Oeste, los vapores se disipan y el astro ardiente adquiere todo su imperio, caminando implacable en el cielo azul ¹.

Si la humedad suficiente de la atmósfera es una primera ventaja, la moderación de la temperatura es también un gran privilegio de la «Arabia Feliz». Los terraplenes y las pendientes habitables se elevan en muchos puntos a más de 2000 metros, y los picos que los dominan hasta exceden de 3000 metros: las poblaciones del alto Yemen gozan de un clima siempre templado, mientras que abajo arde el suelo bajo los pies del viajero. Los productos de esas tierras altas, muy diferentes de los de las estepas inferiores, corresponden también a otro género de vida de los habitantes; hasta cierta altura sobre el mar se adelantan los pastores nómadas, pero sobre las pendientes más elevadas residen los agricultores dedicados a sus cultivos. Sin embargo, no sin dificultad han podido constituirse esas comunidades de trabajadores: han necesitado aprender a retener las aguas sobre las pendientes, a construir depósitos y acueductos subterráneos, y así aprendieron a conquistar su existencia tras un duro trabajo que aumentó su iniciativa y su fuerza intelectual.

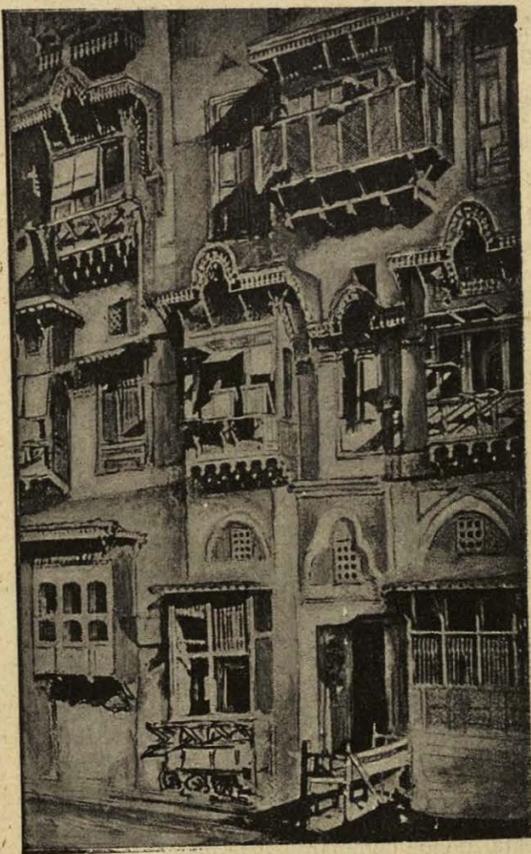
Afortunadamente para los pueblos de la Arabia Feliz, la cosecha de los productos de la flora espontánea les procura el recurso del comercio con los países lejanos, y su dominio de civilización se encuentra por ello singularmente ensanchado. Esta comarca de los antiguos Sábeos es riquísima en esencias diversas que producen savias y gomas de una rara virtud: era la patria por excelencia de las drogas y de las esencias, el aroma, el sen, la mirra, el incienso, el kat (*Celastrus edulis*) que se emplea como el café y que embriaga como el hachisch, aunque menos ligeramente. Gracias a esas rique-

¹ Glaser, *Pattermann's Mitteilungen*, 1884.

zas naturales, más apreciadas antiguamente que en el día, el macizo sud-occidental de la Arabia se hizo famoso en el mundo conocido de los Orientales: para los barcos de la India occidental, uno de los principales puntos de cita era la entrada meridional del brazo arábigo con su atrio marítimo hasta el promontorio de los «Aromas», el cabo Guardafui de los marinos actuales.

Sin embargo, el valor de la Arabia Feliz en la historia del desarrollo humano quedaría inexplicable si no se estudiase ese macizo en sus relaciones de vecindad con otro, el de la Etiopía, que se eleva al occidente del estrecho. Esos dos grupos de altas tierras son los pilones erigidos a cada lado del paso que hace comunicar el mar de las Indias con el largo corredor marítimo que conduce al Mediterráneo: los montes de Africa dan cara de modo soberbio a los de Asia. A 300 kilómetros de distancia, y apuntando de cumbre a cumbre sobre la tangente de la curva terrestre, no es imposible que Etiopes e Himiaritas puedan discernir a veces el perfil de las montañas de sus vecinos dibujándose sobre el fondo gris del cielo. No hay duda que la diferencia de altitudes entre las cimas frías y las playas abrasadoras del litoral constituía un serio obstáculo, pero no por eso dejaban de comunicarse lo mismo de una parte que de otra con los ribereños, sirviendo de intermediarios los marineros entre las poblaciones de los macizos cuando no podían realizarse los cambios directos. El movimiento de vaivén se había establecido; por la fuerza de las cosas se había formado una especie de istmo comercial en el lugar mismo donde se abría transversalmente un estrecho. El país de la Arabia sud-occidental, donde dominaron sucesivamente los Míneos, los Sábeos y los Himiaritas, todos hijos de Sem, era, pues, una de esas comarcas que poseen la doble ventaja de hallarse en el cruce de dos grandes vías históricas. Frecuentemente en la Antigüedad, cuando el camino directo que se curva hacia el Norte por el Eufraates y el Líbano se hallaba bloqueado por la guerra, las comunicaciones de Babilonia con Egipto hubieron de hacerse por el Sud y tomar por estación a mitad de camino las montañas de la Arabia Feliz. En nuestros días, esas comarcas que se miran de uno a otro continente, están en un período de regresión extrema, puesto que el camino transversal de orilla a orilla no se utiliza ya más que para

un tráfico insignificante, en tanto que la gran línea longitudinal, de Suez a Perim, está enteramente monopolizada por los barcos de los marinos europeos, desde los cuales apenas hay quien se digne diri-



CASA DE ARQUITECTURA HIMIARITA EN DJEDHDA

(Véase pág. 120)

gir una mirada sobre esos montes, asiento de una antigua civilización.

De un macizo a otro, ambos conocidos entre los Egipcios bajo el nombre colectivo de Punto, que se aplicó poco a poco a las comarcas limítrofes, las emigraciones o al menos las expediciones y los viajes se sucedían frecuentemente, como lo atestigua el parentesco de las razas, de las lenguas, de las costumbres y de los cultos. Hasta puede verosímilmente atribuirse a emigrantes descendidos de esas montañas los primeros trabajos de cultivo en el valle bajo del Nilo; porque la adaptación del suelo de Egipto a la sociedad que vivió en él supone un largo período de preparación de que serían precursores los antepasados de los Himiaritas. Se considera también el Yemen como el país natal de los obreros que hace ya muchos miles de años trabajaron en las minas de oro del territorio de Sofala. Sin embargo, permaneciendo en el dominio histórico, preciso

gir una mirada sobre esos montes, asiento de una antigua civilización.

De un macizo a otro, ambos conocidos entre los Egipcios bajo el nombre colectivo de Punto, que se aplicó poco a poco a las comarcas limítrofes, las emigraciones o al menos las expediciones y los viajes se sucedían frecuentemente, como lo atestigua el parentesco de las razas, de las lenguas, de las costumbres y de los cultos. Hasta puede verosímilmente atribuirse a emigrantes descendidos de esas

es hacer patente que son todavía escasos los informes exactos que permiten afirmar la existencia de relaciones directas de la Arabia Feliz, de una parte con la Mesopotamia, de otra con los montes africanos donde nace el Nilo azul, y el desierto de Nubia, siendo el nombre más antiguo que puede citarse el del rey Hammurabi. Ciertos indicios manifestados por el arqueólogo Pinches en textos cuneiformes permiten suponer que ese personaje, conquistador y legislador, era de origen himiarita¹. Hammurabi, contemporáneo del Elamita Khador-Laomer, se apoderó de Babilonia hace cuatro mil años e hizo de ella, por primera vez en la historia, la capital de un reino unido: en aquella lejana época, las poblaciones de la Arabia meridional servidas quizá por condiciones climatéricas más favorables que las de nuestros días, eran, pues, políticamente bastante poderosas para que les fuese posible intervenir en los destinos de la Mesopotamia por la fuerza de las armas.

Diez u once siglos después, nos habla la leyenda de una fastuosa reina de Saba, la resplandeciente Bahis, que visitó a Salomón, atraída por su gran fama de sabiduría y le «propuso enigmas difíciles»², que resolvió maravillosamente, y con gran beneficio suyo, puesto que al partir la reina le dió «ciento veinte talentos de oro, especias en grandísima abundancia y piedras preciosas». Las genealogías legendarias de Arabia y de Abisinia unen varias familias actuales a Salomón y a la reina de Saba, entre otras la del «rey de reyes», el emperador de Etiopía.

El nombre de «Sábeos», que suele darse a la población que obedecía a los soberanos residentes en la ciudad de Saba, se emplea frecuentemente para designar los adoradores de los astros, sobre todo de los planetas, a los cuales se atribuía una influencia decisiva sobre el destino de los hombres y de los imperios. Ese culto era a propósito para desarrollarse sobre el alto observatorio de los montes Yemen, desde donde se contempla casi todas las noches el puro conjunto del cielo estrellado, sobre la inmensidad de las aguas y de las arenas. La astrología sábea, propagada misteriosamente de factoría en factoría, de oasis en oasis, de pueblo en pueblo, contribuyó mu-

¹ A. H. Sayce, *Patriarchal Palestine*, VII.

² *Libro de los Reyes*, cap. X, v. 1 a 10.

cho a dar en el espíritu de los hombres un carácter casi sacerdotal a esta nación tan poco conocida de la Arabia «Feliz». Imaginábase que a la riqueza y a la excelencia de sus productos correspondía una alta potencia mágica.

Los capítulos que Herodoto consagra a ese maravilloso país de los perfumes y que «esparce como un olor divino»¹, se hallan entre



PIEDRA SEPULCRAL DE HIMIARIA

las más extrañas de sus *Historias* y atestiguan en sus informantes un empeño de mentir mezclado a la más rica fantasía. Unas veces son relatos en que culebrillas aladas vuelan formando nubes alrededor de los árboles productores del incienso; otras, murciélagos feroces, de grito estridente, que defienden las plantaciones de canela; cuando no, aves formidables que elevan enormes trozos de carne putrefacta para dejarlos caer en sus nidos, donde las cáscaras de cinamomo se amasan con la arcilla. Todas esas raras fábulas no podían nacer más que entre marinos imaginativos, solicitados, por las circunstancias mismas de sus viajes, para referir prodigios inverosímiles a oyentes embobados: esas narraciones tienen cierto tono que recuerdan las fábulas greco-egipcio-asiático-irano-hindus que, corriendo y recorriendo el inmenso espacio entre el Sahara y el Gobi, entre el Brahmaputra y el Guadalquivir y enriqueciéndose con el espíritu inventivo de cada narrador, se convirtió bajo la pluma de los escribas árabes en la maravillosa recopilación de las *Mil y Una Noches*, el *Javidan Khirad* de los Persas y el *Pantcha Tantra* de los Hindus,

¹ Libro III (Thalia), ps. 107 a 113.

el libro que ha tenido mayor número de lectores¹. Es cierto, por otra parte, que los astutos mercaderes, fenicios o hasta griegos, se complacían en representar esos países de comercio lejano, donde habían tenido la fortuna de adquirir grandes riquezas, como regiones muy peligrosas adonde se debía evitar seguirles.

Suele atribuirse, y sin duda con cierta razón, la decadencia de las poblaciones de la Arabia Feliz a la disminución de las lluvias y a los avances del desierto, que fueron su consecuencia. Las tradiciones enumeran por decenas los ríos que se secaron y las ciudades enterradas por la arena desde los tiempos antiguos. Estas relaciones parecen reposar sobre hechos que realmente han tenido lugar; pero probablemente coincidirían causas interiores, de orden político y social, con la causa exterior, la sequía del país, para disminuir las energías nacionales y reducir a poca cosa su acción sobre el mundo.

La imaginación popular ha intentado siempre reducir a un brusco fenómeno, a una fecha precisa de la historia, la caída de los imperios, cuando lo que convendría ver en ella es el término de una larga decadencia. Así se repite ordinariamente que el reino de los Himiaritas cesó de existir de repente en la época de la «ruina de las barreras»—*Seil-el-Orim*—, que tuvo lugar en la parte superior de Marab o Mariaba, hará unos 1750 años; la vida de la nación cesaría al mismo tiempo que la de sus cultivos; pero los hombres que construyeron los primeros depósitos hubieran podido repararlos y trazar de nuevo canales de riego; hubieran podido hacer que florecieran nuevamente los campos si la iniciativa primera no se hubiera roto sin duda por una larga opresión. Si el pueblo se dispersa, incapacitado ya de suscitar nuevas cosechas en el país de los abuelos, débese a que una vida de servidumbre le había hecho perder la fuerza inicial. De ese modo las naciones que se suceden pagan siempre por una disminución positiva de energía la fuerza aparente de los gobiernos que les esclavizan; nuevos destinos se preparan, y los focos de civilización se desplazan.

En la misma Arabia, el Yemen debía tener sobre todo el Hedjaz por heredero como centro de sacudida en la historia del mundo;

¹ A. Ular, *Les Mille et Une Nuits*.